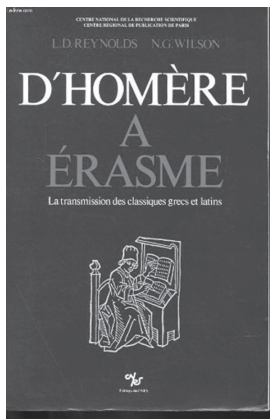


Reseñas bibliográficas

REYNOLDS, L. D. y WILSON, N. G., *D'Homère à Erasme: La transmission des classiques grecs et latins*, Paris, CNRS Editions, 2021, 304 pp.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears-IEHM



Pocas obras aparecidas en la segunda mitad del siglo XX han recibido con tanto merecimiento el estatus de clásicas como el libro que nos ocupa, de Leighton D. Reynolds y Nigel G. Wilson. *Scribes and Scholars*, presentado en francés como *D'Homère à Erasme: La transmission des classiques grecs et latins*, fue vertido al español por Manuel Sánchez Mariana como *Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas*

griega y latina, y publicado en 1986. El título en español era mucho más fiel al original que el francés, aunque la traducción, en general competente, fue anómala en algunos puntos: por ejemplo, Sánchez Mariana tradujo algunos nombres propios o de ciudades al español y dejó otros en inglés, latín o lenguas vernáculas (se refirió a Tesalónica y Atenas, pero también a Bologna, y prefirió, por ejemplo, mantener Speusippus en lugar de Espeusipo). Salvo estas decisiones algo extrañas, la obra se lee sin ningún problema, y debe agradecerse la siempre ingrata labor de traducción, así como la iniciativa de la editorial Gredos para publicarlo en su momento.

La fortuna ha acompañado a este libro, que ha merecido ser vertido a casi todas las lenguas cultas, entre las que se encuentra también el chino. Se trata, en efecto de una rigurosa introducción a los métodos de preservación de la cultura escrita desde la antigüedad, con especial detenimiento en los períodos medieval y renacentista, así como su proyección hasta el siglo XX. Ciertamente, las obras clásicas de la literatura grecolatina han llegado, hasta nuestros días, por una selección en la que el azar ha jugado un gran papel. Ambos autores describen en los sucesivos capítulos, que abarcan desde los primeros materiales que conservamos hasta los libros impresos, el complejo proceso de transmisión textual que, con mayor o menor fortuna, ha evitado que los tesoros escritos de la Antigüedad desaparecieran sin dejar rastro.

Una de las claves del éxito de esta obra es que resulta muy sintética e informativa, da poco por sabido, y ofrece mucha información y muy bien organizada en pocas páginas. La ausencia de notas a pie se suple con unos apartados,

dispuestos al final de los capítulos, en los que se ofrece copiosa bibliografía al lector que desee profundizar. Se trata, así pues, de un manual útil, que, lejos de aburrir, está escrito con sus grumos de sal, como solían hacer a la sazón los *scholars* británicos, de modo que su lectura es placentera. Para muchos lectores europeos, ha sido la primera aproximación a la crítica textual: mediante el estudio histórico, queda más clara la evolución de las claves filológicas de las ediciones críticas, así como la construcción de la ecdótica desde Poliziano hasta el siglo XX. Las láminas permiten una adecuada contextualización de las circunstancias materiales y culturales, así como los cambios de soporte, hasta llegar a la aplicación de las perfeccionadas técnicas de la crítica de nuestro tiempo.

La obra fue traducida al francés y publicada al francés en 1983, en una edición al cuidado de Pierre Petitmengin, con un esclarecedor prólogo de Henri-Irénée Marrou, el gran historiador de la Antigüedad, que había fallecido pocos años antes, en 1977. La obra que comentamos contiene una nueva edición de la traducción de Claude Bertrand y Pierre Petitmengin, revisada a su vez, puesta al día y aumentada, a partir de la cuarta edición inglesa (de 2013), por Luigi-Alberto Sanchi y Aude Choen-Skalli. Contiene asimismo un prefacio muy entrañable de Nigel G. Wilson, escrito a propósito para esta edición francesa.

En él, Wilson evoca los orígenes del libro: se trataba de escribir una introducción a la transmisión de la literatura grecolatina que fuera más manejable que *A Companion to Classical Texts* (1913), de Frederick William Hall, Fellow del Saint John's College de Oxford. Reynolds y Wilson enseñaron filología también en la Universidad de Oxford, y buscaron simplificar y poner al día la obra de Hall, al tiempo que pretendían complementar su exposición con las nuevas investigaciones. Del éxito espectacular del libro han dado fe las sucesivas traducciones y ediciones. La cuarta fue emprendida en solitario por Wilson, tras la muerte de Reynolds en 1999, aunque con la ayuda de Michael Reeve. Cabe pensar que, por la edad de Wilson, nacido en 1935, está será la última. De ahí la importancia de que su traducción llegue a todas las lenguas.

En este caso, cabe subrayar que la versión francesa de 1983 era ya de gran calidad, y que la puesta al día de Luigi-Alberto Sanchi y Aude Choen-Skalli resulta muy beneficiosa, pues han añadido las recientes traducciones al francés de las obras clásicas citadas y, en definitiva, la han dispuesto para el uso de los estudiantes y estudiosos franceses. Sería muy útil que no solamente se pudiera obtener en español la traducción completa de la cuarta edición inglesa, sino también una adaptación al estudiante hispano, con las ediciones y traducciones que puede

manejar. Esta sería una excelente contribución y una ayuda inestimable para los alumnos de filología, aunque también se beneficiarían de ella otros estudiosos y el público culto interesado.

Cabe felicitar, en fin, a los editores franceses por su buen hacer, la limpieza en la traducción y el acabado, sobrio y elegante, que permite acercarse a la edición más reciente de este clásico ya indestronable.

VILLACAÑAS, J. L., *Luis Vives*, Barcelona, Taurus, 2021, 584 pp.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears-IEHM



En la colección «Españoles eminentes», auspiciada por la Fundación Juan March, aparece una biografía de Luis Vives (1493-1540), escrita por José Luis Villacañas, catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense. No hay duda que Vives merece ser más conocido, y el esfuerzo desplegado por Villacañas es verdaderamente laudable, pues pone sus recursos, que son muchos, para acercar al gran

valenciano al público culto.

Villacañas ha vivido buena parte de su vida en Valencia, y muestra una extraordinaria empatía al narrar la vida de uno de los hijos más ilustres de la Ciudad. Si en una biografía es necesario un cierto cariño, debe decirse que en este libro se halla a raudales, pues Vives aparece configurado como un hombre muy por encima de los vaivenes de su tiempo y circunstancia, un ser de una extraordinaria talla moral y sensibilidad intelectual. Y, sin duda alguna, lo fue, muy a pesar de Ortega, Bataillon y de muchos otros, que le han ladeado.

No ha pasado a las historias de la filosofía como un gran protagonista, sino que su condición de «filósofo», e incluso de «teólogo», le ha sido a veces regateada. Villacañas se la concede con total entrega, y busca un diálogo espontáneo con su obra, a fin de aprehender convenientemente la grandeza de un personaje que se halla en los umbrales de la Modernidad, y en tierra de nadie.

Quizás valga la pena insistir en lo de tierra de nadie, pues Villacañas presenta a Vives como un judío errante, siempre pendiente –desde su exilio flamenco, tras unos años de estudio en París– de lo que ocurría en su Valencia natal, en la que su familia sufrió los rigores de la Inquisición. Ya

había indicado Enrique González que Vives ha quedado también en un limbo cultural, el de la «República de las letras», puesto que solamente escribió en latín. Quien hubiera podido ser uno de los pilares de la lengua española se dedicó a escribir al público culto europeo, lo cual le valió la fama inmediata, aunque un cierto olvido a largo plazo.

Villacañas intenta un juego arriesgado, pues quiere penetrar en la psique de Vives y anhela conocer sus pensamientos más profundos. No lo hace con la erudición archivística, sino interpretando libremente sus obras. En la biografía suenan los ecos de las querencias del profesor ubetense: los judíos, la Reforma, la visión weberiana, el republicanismo... El Vives de Villacañas es un judío que ha entendido el cristianismo de una manera nueva, que no es ni el catolicismo tradicional, ni el reformado. Un cristianismo con base judía, racional, aunque también patético y doliente.

Cuando un filósofo escribe una biografía, se llega a meter tanto en el personaje, que a veces resulta difícil deslindar lo que pertenece al autor y al biografiado. El Vives de Villacañas tiene mucho de Villacañas, como el Erasmo de Stefan Zweig, una de las obras maestras del género, a la que el presente libro intenta seguir. Cuando Celibidache interpreta a Rossini, el oyente avezado escucha más al rumano que al Cisne de Pésaro. Quien ha leído la vastísima producción del profesor de la Complutense, tiene la misma sensación con Vives, que –a partir de ahora– será el Vives de Villacañas, que suena distinto al de Fantazzi, González, Noreña, IJsewijn..., a quienes sigue, ciertamente, aunque matiza.

Villacañas siempre ha defendido a pecho descubierto la Ilustración y la perspectiva de las minorías en España: de ahí su abanderado respaldo al judaísmo y al protestantismo, y sus críticas mordaces al catolicismo hispano, especialmente representado por los frailes y a la escolástica. En Vives ha encontrado a un personaje excelente para dialogar, tensando la correlación de fuerzas en la Península Ibérica y en Europa, y en su mente coloca todas las críticas al escolasticismo frailuno y a la cultura señorial e hidalga, dos de blancos predilectos de Villacañas.

La pasión que se encuentra en todas las obras del profesor ubetense se halla en grado sumo en esta biografía: empática, envolvente, llena de nervio y también de penetración psicológica. Nunca sabremos qué pensó en realidad Vives, aunque Villacañas se lanza a explorar los recovecos de su interioridad, a suponer sus miedos, sus filias, sus temores, a enlazarlas con su filiación judía, con su amor a Valencia... Ahí queda la ambivalente relación con Erasmo, que aparece como un hombre escurridizo y poco de fiar. Vives, en cambio, era hombre sereno, familiar, que tomó partido por el humanismo y por un nuevo cristianismo: vio la necesidad de la reforma del conocimiento y de las disciplinas académicas, al tiempo que quería consagrar un cristianismo nuevo, una *tertia via* en la lectura de las Escrituras, que procedía de las entrañas del Antiguo Testamento. Parte de razón tiene Villacañas, pues se respalda